

El incendio del convento en 1936

la historia no contada

ANDRÉS BEADE DOPICO*

A la memoria de mi padre

Como es obvio, la historia siempre la escribieron los que dominan. Y si además se amparan en regímenes dictatoriales lo hacen a su gusto y paladar, siempre tergiversando los acontecimientos si no son favorables a sus designios. Es la historia inventada o deformada en sus esencias narrativas.

La historia escrita en España durante el régimen franquista -la historia oficial- careció de constataciones de autores que no fueran adictos a la dictadura. Y la escrita en el extranjero por historiadores españoles exiliados era radicalmente prohibida. De manera que cuanto se decía en la escuela, en la Universidad, en la prensa, la radio y en definitiva en la España de aquellos tiempos respondía ciegamente a los intereses de la nomenclatura gobernante.

A raíz de aquel estado de monocultura, de opresión y negación de la autenticidad multicultural y multinacional de España, que era la negación de su propia historia, no resulta extraño que aún hoy en día haya quien no despertó a la realidad. Tan sólo aportaré un dato muy localizado, por haber sucedido en Betanzos, de cómo cuarenta años de monólogo y de sectarismo oficial han dejado profundas huellas mentales o de mentalización -que no es lo mismo- en no pocas personas.

Resulta inexplicable que aún queden ciudadanos que sigan responsabilizando a los republicanos betanceiros del abominable incendio del convento de San Francisco el día 22 de julio de 1936.



Ramón Beade Méndez, Alcalde de Betanzos en 1933-34 y 1936, y también Diputado a Cortes durante la Segunda República. Nació en Touriñao de Abaixo (Tiobre, Betanzos) el 7 de abril de 1900 y falleció en el mismo lugar el 3 de julio de 1956.

*Andrés Beade Dopico es concejal del Ayuntamiento de Betanzos por el PS de Ga-PSOE e hijo del Alcalde republicano y Diputado a Cortes, Ramón Beade Méndez.

Mi padre, Ramón Beade Méndez, que fue alcalde de Betanzos en un breve período de la República y diputado a las Cortes Constituyentes de 1931 y al Congreso en 1936, estuvo acusado en la Capitanía General de La Coruña de ser el instigador del incendio, y la actora-sicofanta fue una señora betanceira muy conocida en la sociedad local, cuyo nombre omito por delicadeza aunque no lo merezca, ya fallecida hace algún tiempo. La inculpación en las circunstancias imperantes en el país en aquellos años trágicos suponía el fusilamiento, la muerte.

El terror fue el síndrome local del fascismo en Europa, y desgraciadamente se reprodujo en la España de 1936.

En tales circunstancias, mi padre y muchos de sus compañeros se vieron en la necesidad de refugiarse en casas de familias amigas en diferentes lugares de nuestra comarca. Pero la mayoría fueron sorprendidos en los primeros momentos de la usurpación de la autoridad local por los sediciosos y fueron fusilados. Otros optaron por el exilio. ¿Sus delitos? ¡Ser gentes libres, demócratas, todos sin excepción ciudadanos honestos que vivían de su trabajo!

En la lucha mundial de 1936 a 1945 contra el fascismo vencieron las fuerzas aliadas de la democracia, pero no toda la faz de la Tierra quedó liberada. En la Península Ibérica permanecía una hijuela estratégicamente permitida por ciertos aliados que especulaban con sus designios imperialistas jugando sucintamente con nuestros destinos, en tanto que pueblos amantes de la libertad, al permitir la prolongación indefinida de las dictaduras en España y Portugal.

Estos dos pueblos, defraudados, no se quedaron con los brazos cruzados y, con su propia lucha, arriesgada y penosa, consiguieron poco a poco debilitar los sistemas represivos y abrir esperanzas de liberación. Portugal, con la Revolución de los Claveles pregonada por la canción de Afonso «Grândola, vila morena», iluminó al mundo y su resplandor cegó los pozos negros de la opresión peninsular animando al propio pueblo español en su lucha emancipadora, que llegaría con la caída del franquismo por etapas hasta el final de la dictadura, con la asunción del gobierno de Adolfo Suárez.

Nos situamos en 1947. Con la derrota del nazi-franquismo las posiciones extremadamente rigurosas del poder franquista se debilitaron, y se fueron dando algunas posibilidades de rehabilitar la conciencia histórica y de dar algunos pasos para la reivindicación de la justicia en nuestra tierra. En ese año Ramón Beade Méndez y otros betanceiros que se hallaban en la clandestinidad pudieron salir a la luz del día y comparecieron ante las autoridades con ciertas garantías de defensa. Las perspectivas políticas mundiales no estaban de parte del franquismo.

En las gestiones previas a su comparecencia ante la autoridad militar de la VIII Región, en La Coruña, mi padre mantuvo contactos por escrito con el capitán Jefe de la Guardia Civil de Betanzos, a fin de sondear el ambiente político que prevalecía en las esferas militares para evitar caer en una celada. La referida autoridad local le informó que en expediente incoado desde julio de 1936 existía una denuncia de la señora doña XX, de la calle XX, responsabilizándole de la instigación al incendio del convento. Los demás cargos habían prescrito. Como es lógico mi padre rechazó enérgicamente el infundio y solicitó por escrito que se hiciera comparecer ante la autoridad militar de la VIII Región a la autora de la denuncia para que ratificase o rectificara su acusación. Fue convocada por la Fiscalía militar a tales efectos y negó la veracidad de la denuncia que estaba firmada por ella misma. Los comentarios huelgan.

En definitiva, ¿quiénes y porqué incendiaron el convento franciscano?

Cuando las autoridades municipales, elegidas democráticamente y libremente por los ciudadanos en las elecciones generales de febrero, se vieron obligadas a abandonar la resistencia y el poder local ante la imposición de los golpistas en La Coruña y Ferrol, donde los jefes militares sublevados fusilaron al Capitán General de la VIII Región, Enrique Salcedo Molinero, y al Gobernador Militar de La Coruña general Caridad Pita, y en Ferrol al almirante Azarola, Jefe del Departamento Marítimo, además de otros fieles colaboradores suyos, la ciudad de Betanzos quedó sin autoridades civiles y fue en ese interregno cuando se produjo el incendio del convento.

Los que se hicieron con el poder en Betanzos culparon a los «rojos». ¿Quiénes fueron los rojos y los nacionales?

El erudito e historiador francés Pierre Vilar, en su obra *La guerra civil española*, analizó las causas profundas y las inmediatas del conflicto, no tanto para narrar los hechos militares sino para comprender las causas y las trayectorias económicas, políticas e ideológicas de los dos bandos, y de sus mentalidades y culturas. Es un documento escrito con el equilibrio informativo y documental necesarios que la historia requiere para captar una visión totalizadora y no sectaria de su contenido, muy distante de la verborrea triunfalista y parcializante de la historia oficial del franquismo, cuyo objetivo central fue hacer ver y entender a los españoles su única verdad durante cuante años consecutivos, persiguiendo sañudamente toda otra manifestación de criterios históricos y de análisis.

«El contubernio marxista y judeo-masónico», en definitiva «los rojos», no fue un invento del franquismo del que usaron con retintín en toda su fraseología ideológica. Fueron los nazi-fascistas quienes en la Alemania hitleriana y en la Italia mussoliniana impusieron ese eslogan para cubrir su propaganda de violadores de las libertades y de la independencia de los pueblos que deseaban esclavizar a nivel planetario, en cuyo empeño -junto a sus aliados militaristas japoneses- ocasionaron el genocidio que costó a la Humanidad más de cuarenta millones de muertos.

Sobre los nacionales ellos mismos se definieron con los hechos.

Seguidores de las ideologías de los hitlerianos y fascistas, no les fueron a la zaga en sus métodos de exterminio y liquidación de las libertades en el territorio nacional.

Pero es necesario evaluar los condicionantes de esas actitudes destructivas.

En realidad los llamados nacionales fueron la derecha española constituida en minoría nacional en las elecciones de febrero de 1936. Pero es justo manifestar que no toda la derecha, ni mucho menos, optó por el sistema dictatorial fascista. Una parte importante de ese sector político no apoyaba ni apoyó nunca los métodos represivos franquistas. Por consiguiente los nacionales no eran todos los españoles sino una minoría que ejercía el terror como método de gobierno. Esos fueron los que usurparon las fuentes legítimas del poder político y que nunca sometieron al consenso libre y democrático del electorado español porque les derrotaría ampliamente.

Los «nacionales» fueron los que Pierre Vilar definía conceptualmente como los aferrados a que «la experiencia democrática, desde 1931, no era más que una anomalía maligna que debía ser extirpada quirúrgicamente». Vale decir, la extrema derecha.

El que escribe estas líneas recuerda con dolor como, siendo un niño, observara con otros convecinos desde el atrio de la iglesia parroquial de San Martín de Tiobre el espectáculo dantesco del incendio del Convento de San Francisco de Betanzos. Y memoriza también como desde el púlpito de la misma iglesia parroquial un misionero perteneciente a una

orden religiosa de Salamanca manifestara en la Santa Misión desarrollada en ese templo en los inicios de los años cuarenta, después de un ataque furibundo contra las chicas que vestían de manga corta, que «a los rojos, como la mala hierba, hay que proceder extirpándolos de raíz».

Hoy, a la distancia, siente una vergüenza ajena ante una manifestación tan salvaje en los labios de un misionero de Dios. Pero así fue aquella España. Un auténtico infierno que dejó huellas profundas en la memoria. Jamás deberá repetirse semejante barbaridad en la vida de nuestro país y de nuestro pueblo. Debemos luchar por todos los medios lícitos para que no renazcan determinados Le Pen que están removiendo el fondo de esta historia indigna para reactivarla.

El incendio del Convento estuvo inscrito en esas mismas circunstancias.

Hay testimonios fehacientes de como un caudillo local de los grupos extremistas de «la dialéctica de las pistolas» tramó y desarrolló el operativo provocador de San Francisco. Aprovechando la confusión creada por la ausencia de autoridades en Betanzos, y en vista de que en el pueblo no había existido ningún tipo de violencia ni agresiones personales, fuera de las inevitables incidencias propias de una situación de confusión popular y tensión política, concibió y desarrolló una operación de infiltración y comando para producir el incendio del histórico templo franciscano y desatar el odio.

Trasmitió la consigna y la orden de actuar a tres correlegionarios de una localidad de un municipio limítrofe, desconocidos en Betanzos, a fin de que se infiltraran entre el grupo de incontrolados que se habían introducido en el Convento, con fines supuestamente de apropiación de enseres domésticos dejados por los frailes al ser éstos evacuados a un lugar seguro, y aprovechando el desorden imperante prendieron fuego al inmueble para cuya misión iban convenientemente dotados y preparados. El incendio se produjo y la responsabilidad sobre la acción utilizada recaería sobre los «rojos». Exactamente la misma técnica utilizada por los hitlerianos en el incendio del Reichstag.

Esta versión no es inventada. Responde a la realidad de los hechos perfectamente testificables. Tiene por objeto honrar la memoria de todos quienes sufrieron los efectos de la intolerancia y la crueldad.

La verdad debe prevalecer en toda narración de los acontecimientos históricos. Sin ella la ciencia y la cultura serían falsas, y por tanto indignas de la civilización humana. La fabulación debe quedar reservada a la creación literaria, no para confundir ni corromper, sino para conmover los sentimientos y para elevar constantemente el nivel de la cultura y de la moral de los pueblos.



*ARTE, LITERATURA,
ANTROPOLOXÍA...*



Marcelino de Santiago, "Kukas". Debuxo de Alfredo Erias.